

# ALMA Y GENIO DE SAN JUAN DE LA CRUZ

por el P. Efrén de la Madre de Dios, O. C. D.

La voz que levantó, hace medio siglo, el maestro Menéndez y Pelayo, se ha convertido ya en clamor de muchedumbre: La poesía de S. Juan de la Cruz es «angélica, celestial y divina» (1). Dámaso Alonso, en un gran estudio, asegura que «el consenso unánime de los españoles que tienen conocimiento de cosas de belleza hace tiempo que ha fallado que él es el más grande poeta de España» (2). Y hablando más en concreto Gerardo Diego escribe: «La primera intuición que recibimos es la de que jamás la poesía castellana se ha expresado en una materia, más suave, melodiosa, eurítmica y de matices y veladuras musicales más cristalinos y tornasolados, que en la prosodia y léxico de San Juan» (3).

Esta poesía tiene, sin embargo, un no sé qué de indefinible. La crítica reconoce que es un don bajado del Olimpo al Parnaso español, y se le acerca temblando, como Moisés ante la zarza que ardía sin quemarse (4), y balbuceando palabras incompletas. Así decía Menéndez y Pelayo: «Confieso que [estas canciones de San Juan] me infunden religioso terror al tocarlas; por allí ha pasado el Espíritu de Dios hermoseándolo y santificándolo todo» (5). Y Dámaso Alonso se encoge tímido, reverente, y escribe en la portada de su libro un subtítulo: *Desde esta ladera*. Así, desde lejos, como se contempla la magnificencia del océano, como se admiran las frentes erguidas de colosales montañas.

En los últimos decenios se han consagrado numerosos y buenos trabajos a la poesía sanjuanista. Todos se han sentido, a medio caminar, desfallecer; porque, según confesión propia, los problemas que aquí se entrañan son «los más dificultosos de la literatura española» (6).

Y así tenía que suceder. Esta poesía es de muy otra calidad. Querer vadearla como se vadea el riachuelo de una poesía sentimental es desconocerla en absoluto; y esos exploradores que tal han pretendido parecen como si quisieran remangarse, playa adentro, para medir con una caña las profundidades del mar.

Como fases jalonadas, nuestros críticos han marcado cuatro problemas:

1.º Crítica textual. Relativamente fácil. Muy del gusto de ciertos ratones de biblioteca que devoran libros y papeles viejos.

2.º Examen de fuentes donde el autor se pudo inspirar. Tarea muy divertida que hace gozar a ciertos eruditos. Pero sus resultados, a veces curiosísimos e interesantes, otras veces son arbitrarios y también ridículos.

3.º Crítica literaria. El Maestro hace pasar ante los ojos del lector los matices y maravillas que se ven en la corteza de unos versos cuyas bellezas parecen abismos, más profundos cada vez según la destreza del maestro. Y sin embargo no se hace sino apelar a las razones comunes de la estética literaria, sin llegar a descubrir la personalidad viva que las anima.

4.º Todas son labores divertidas, amenas, y la última, utilísima y muy beneficiosa a los que buscan modelos para estilizar sus propias formas. Pero se queda colgando un interrogante. La noble curiosidad humana busca más, quiere verlo todo, hasta el alma del artista moviéndose entre las notas armoniosas de su poesía; quiere saber por qué canta así y no de otra manera; quiere comprobar, en fin, si aquella poesía brota, como tallo vivo, de su corazón.

¡El alma de San Juan de la Cruz!... Mar de profundidades ignotas. Los escarceos de sus olas en la playa, bellos, blancos, espumosos, que recortan el azul marino como el encaje de un vestido de ilusión, seduce y da atrevimiento para que, como niños, juguemos quebrando sus espumas con los pies. Pero no se puede pasar muy allá. Hay que resignarse a cantar sus bellezas desde la ribera y el más allá confiarlo a nuestra imaginación.

Vamos, sin embargo, con la barquichuela de este ensayo, a lanzarnos sobre sus olas, sobre la superficie inmensa de su alma, hasta alta mar. Mirando de cerca sus majestuosas superficies descubriremos su fibra humana, sus reacciones sensibles ante las bellezas y las miserias del mundo nuestro.

El ambiente que dió cuna a este hombre fué la pobreza y muy pronto la orfandad. Su madre, Catalina Alvarez, lo fué también de los primeros sentimientos de su alma que, al abrirse en unos ojitos que mendigaban cariño, dió con esta mujer admirable, temple de heroína.

Desde sus primeros años el mundo no tuvo atractivos para su melancólica mirada; la desolación había madurado precozmente su inteligencia y todos creían ver en aquel niño a un hombrecito de mucho seso, ya sin ilusiones. Su mirada, ingenua como de un ángel, tenía,

sin embargo, repliegues introspectivos, como si estas cosas le ofendieran, y en su blillo húmedo dejaba ver un fondo encantador.

En él vivía un gigantesco contraste. Su alma de fuego, sensibilísima, inteligente, encarcelada en un cuerpezuelo pequeñín y azotada por el sarcasmo del mundo, solo se expansionaba hacia arriba, hacia Dios y Santa María, que, como su madre decía, atienden a los pobrecitos porque todos son hijos de Dios.

Mas entretanto sus pies posaban sobre este mísero suelo y tenía que ganarse con su trabajo el pan, como todos los hombres. Su madre le trazó varios caminos. En una Relación antigua leemos: «Para tener algún alivio procuró poner a oficio al P. Fr. Juan de la Cruz, y probando algunos, como carpintero, sastre, entallador y pintor, a ninguno de ellos asentó ni pudo aprenderle, aunque él deseaba aplicarse a ganar de comer. Visto esto por su madre, procuró de ponerle en el Colegio de los niños de la Doctrina..., donde aprendió en pocos días a leer y escribir» (7). Allí se atrajo la benevolencia de personas piadosas y así «le dieron licencia para que fuese a oír lecciones de Gramática en el Colegio de la Compañía de Jesús..., y favorecióle Nuestro Señor de manera que, con no haber tenido habilidad para los oficios mecánicos en que le habían querido poner, para esto, la tuviese y aprovechase mucho en poco tiempo» (8).

Su alma ensimismada que había recalcitado ante los menesteres mecánicos, vibraba, por el contrario, en el estudio y la soledad. «Contaban en el hospital—prosigue la mencionada Relación—, que andándole a buscar de noche no le podían hallar y al cabo venían a verle entre las tenadas de los manojos estudiando» (9).

Aquellos oficios fracasados dejarían, sin embargo, no pocos resabios en él durante toda su vida, aunque evaporándose lo que había de mecanismo para dar lugar a un fondo de artista. Años más tarde le encontramos en los claustros de su convento amenizando sus ocios monacales con las habilidades mecánicas que de niño aprendió. Un su compañero refiere que le veía «en las horas de recreación que con una punta como de lanceta labraba curiosamente imagencitas» (10). Otro dice que se entretenía a veces «labrando cruces de madera» (11). En fin, que el antiguo oficio mecánico había dejado en él algo bueno y más de una vez dió muestras de sus aficiones estéticas en imaginería. Tratando en sus libros de las imágenes de la iglesia protestará contra aquellos «que hacen algunas tan mal talladas que antes quitan la devoción que la añaden; por lo cual, clama el enojado artista, habrían de impedir a algunos oficiales que en esta arte son cortos y toscos» (12). No sólo protesta. También emite su juicio, optando por aquellas imá-

genes «que más al propio y vivo están sacadas y más mueven la voluntad y devoción» (13). En esta fórmula está retratado de cuerpo entero aquel frailecico que teniéndole tan menudico llevaba un alma realista y exquisita. Donde él ponía las manos dejaba un no sé qué de buen gusto y devoción que causaba general asombro; de ello han quedado elocuentes testimonios.

¿Qué haría en la casita de Duruelo, tan malparada y pobre que poco antes temía Santa Teresa que asustase a los ánimos más valientes, y después no podía olvidar, emocionada, la extraordinaria devoción que le causó? «Como entré en la iglesita, —escribe ella—, quedéme espantada de ver el espíritu que el Señor había puesto allí. Y no era yo sola, que dos mercaderes que habían venido de Medina hasta allí conmigo... no hacían otra cosa sino llorar. ¡Tenía tantas cruces, tantas calaveras!... Nunca se me olvida una cruz pequeña de palo que tenía para el agua bendita, que tenía en ella pegada una imagen de papel con un Cristo que parecía ponía más devoción que si fuera de cosa muy bien labrada». (14). Todo era obra de Fr. Juan.

En la fundación de Segovia también arregló el altar de suerte, que un canónigo quiso decir la misa, «que le dió devoción decirla, testifica Julián de Avila, como vió tan bien puesto el altar y tan devoto, que cierto lo estaba» (13). Los historiadores ponderan la pobreza y la devoción que inspiraba la iglesia de Baeza, fundada por el Santo, y en especial una capa de jerga blanca que estaba de paño en el púlpito (16). Y todos sabían que «era muy cuidadoso en la limpieza y curiosidad del culto divino». «Abajaba—escribe el P. Alonso—, algunas fiestas a ayudar a componer la iglesia; regocijábale su espíritu cuando la veía bien aseada; el poner una rosa o un clavel al Santísimo Sacramento agradecía a los que lo hacían» (17).

De sus aficiones y buen gusto en *el dibujo y la pintura* han quedado también algunos recuerdos. El hermoso cuadro de Cristo con la Cruz a cuestas que le habló en Segovia, lo había puesto él a la veneración de los fieles para que todos gozaran de su devota vista (18). Aquella imagen de papel que tanto impresionó a Santa Teresa cuando la vió en Duruelo, sería obra de sus manos. Por lo menos ha llegado hasta nosotros una de Cristo en la Cruz, dibujada por él, que sin duda no desmerece de la que Santa Teresa vió en Duruelo. Es un verdadero prodigio de líneas. Con sencillez maravillosa traza un escorzo tan difícil que la técnica no lo ha podido reproducir sin dejarse lo más notable, la devoción que inspira. No es copia. Es creación original sacada de su alma. Le había impresionado mucho la vista de un crucifijo «y después a solas, —advierte el P. Jerónimo de San José—, la di-

bujó en un papel, con solas unas líneas» (19). Verdaderamente encontramos en esta imagen un no sé qué que no entra en las leyes de la técnica y revela una vez más la fuerza genial que moraba en su alma.

También en otras manifestaciones del arte brillaba el fulgor de sus sentimientos personales. Las cadencias armoniosas de una buena música daban delicada recreación a su alma sedienta de hermosura. En los dolores de su última enfermedad el hermano Pedro de San José trájole tres músicos «por saber cuán amigo era de música» (20). Y también otro día sus frailes «le rogaron gustase de oír un rato de música, por entender le darían algún alivio para su mucho padecer» (21).

Más que la música de instrumentos le hacía gozar el canto. El canto es una nota deliciosa de su espiritualidad. San Juan de la Cruz cantaba mucho, desahogaba sus penas cantando y gustaba de que sus religiosos cantasen. Por los caminos se entretenía con sus compañeros cantando salmos, tonadas piadosas y versos que él mismo componía. Cuando desde su convento del Calvario bajaba por los montes a Beas, a confesar a las monjitas, según depone un testigo «iba siempre cantando» (22). Su primer biógrafo escribe: «Cuando se sentía cansado o triste, era para él como pictima cordial renovar la memoria de la Virgen... [con] algunas canciones muy sentidas hechas en su alabanza, con las cuales se recreaba en la soledad y socorría al cansancio de los caminos» (23). El canto le emocionaba con suma facilidad. Estando en la cárcel de Toledo oyó una vez a un niño que pasaba por la calle cantando esta letra:

«Muérome de amores,  
Carillo, ¿qué haré?  
Que te mueras, alahé».

Y recibió con ello una sacudida de íntimo regocijo que levantó sus ánimos en amores a su Dios (24).

Salido de la cárcel de Toledo, al pasar por el conventito de Beas, la Madre Ana de Jesús, priora, hizo que dos monjitas cantasen esta canción:

«Quien no sabe de penas  
En este valle lleno de dolores  
No sabe cosas buenas  
Ni ha gustado de amores,  
Pues penas es el traje de amadores» (25).

No pudo más. Se estremeció. Lágrimas de emoción salían de sus ojos. El alma parecía salirse también del cuerpo. Se asió con ambas manos a la reja del locutorio y se quedó así, suspenso, inmóvil y silencioso largo rato.

Las fiestas conventuales tenían para él un atractivo singular. El canto era imprescindible. Los religiosos celebraban procesiones con grande devoción, cantando coplillas y el Santo tenía para componerlas y darles tonada una gracia especial. Un día cantaban:

«Del Verbo Divino  
La Virgen preñada  
Viene de camino  
Si le dais posada (26).

Otro día, en pleno regocijo de Navidad, emocionado con los cantos que en ese día adquirieren inefable unción, «comenzó a bailar con un fervor tan grande que parecía haber salido de sí... y prorrumpió cantando esta coplita:

«Mi dulce y tierno Jesús,  
Si amores me han de matar  
Agora tienen lugar» (27).

Ya fuesen villancicos, ya salmos, ya cantos piadosos o tonadas populares, henchía de fervor a los oyentes. Sin embargo, su voz era apagadita y penitente, sin timbre artístico. Era otra vez un arte el suyo tan singular, que nadie pudiera precisar sus encantos, pero todos quedaban encantados.

No menos misterios y primores encontramos en su oratoria. Nunca tuvo fama de predicador de solemnidades. Su oratoria pasaba tan desapercibida en el mundo de la elocuencia como su propia persona. Sin embargo, al decir de un testigo, «sus pláticas reformaban los monasterios doquiera que estaba» (28). Los oyentes se sentían sojuzgados por una elegante gracia que endulzaba sus gestos moderados, voz natural, blanda y persuasiva y el movimiento todo de su persona, con que hacía ver lo que decía. Santa Teresa gustaba sobremanera y procuraba de oírle, como dice el P. Alonso, «porque en su hablar de los misterios de nuestra fe se veía con cuán grande luz los entendía y penetraba su alma y la estima con que los veneraba..., que parecía los traía delante de los ojos» (29).

Aquel pobre descalzo que sin encarecimientos derramaba sus palabras por las contornadas de Duruelo como en el ambiente cálido de sus Carmelos, era en verdad un mago de la palabra ; pero de una magia singular que una vez más se escapa a los moldes de una norma estilística. «Acontecía—refiere un testigo—estar muchas veces dos o tres y más horas, sin que hubiese persona que se enfadase jamás de él, antes les pesaba que dejase la plática, por almas distraídas que fuesen» (30). ¿Qué tenía, qué tenía Fray Juan? Nadie sabe qué tenía ; pero Santa Teresa decía con mucha gracia que «no se podía hablar de Dios con Fray Juan, porque luego se trasponía y hacía trasponer» (31).

Sin embargo, el secreto no era ningún secreto, que la fórmula dióla el mismo Santo por estas palabras : «El predicador, para aprovechar al pueblo... conviéndole advertir que aquel ejercicio *más es espiritual* que vocal ; porque, aunque se ejercite con palabras de fuera, su fuerza y eficacia no la tiene sino del espíritu interior» (32). La fórmula es tan sencilla que no nos resignamos a admitir que sólo con ella pudiera el Santo ser Maestro del bien hablar. Pero es cierto ; él no miente ni tiene secretos ; sólo se reserva el de *saberlo vivir*.

Pero entre todas sus aficiones ocupó el primer lugar el amor de la Creación. La naturaleza fué el libro preferido donde sus ojos bebían la belleza virgen derramada por Dios en todas las obras de sus manos.

Le tocó en suerte a la sonriente y bella Andalucía recoger en el abrazo de sus valles floridos a este enamorado que cantaba las gracias del Creador en «los bosques y espesuras, en el prado de verduras de flores esmaltado». El campo tenía para él un atractivo irresistible. En sus viajes gustaba de internarse en pleno bosque. En sus conventos tenía sus solaces preferidos en la umbría o huerto junto a las acequias. Era su ordinario paradero—escribe el P. Jerónimo de San José—, cerca de una fuente rodeada de árboles silvestres, y allí, a solas, unas veces de rodillas, otras en pie o sentado, gastaba en oración todo el tiempo» (33). Y otras veces—dice el mismo historiador—«saliendo de su celda se iba por aquellas quebradas, donde la variedad y hermosura de peñas, arboledas, fuentes y arroyos, de diversas flores y pajarillos, y sobre todo, del mismo cielo, que allí se gozaba más capaz y hermoso... Convidaba algunas veces a sus religiosos para recrearlos en el Señor y aficionarlos a la soledad ; y llegados a un sitio ameno, sentados par de un arroyo, los entretenía con una breve plática espiritual y alegre» (34). Mas entre todos los encantos de la naturaleza había especialmente tres que atraían preferentemente su atención : el agua, la noche y los riscos.

*El agua* ejercía sobre él un atractivo casi fascinador. Acabamos de oír que «su ordinario paradero era cerca de una fuente». En la Peñuela lo sabían todos los religiosos; se levantaba antes de amanecer y calladito se iba a la huerta, «y entre unos mimbres, junto a una acequia de agua, se ponía de rodillas y allí estaba en oración hasta que el calor del sol le echaba de allí; y también observaban que cuando se retiraba a orar al bosque lo hacía con instancia mirando al agua» (35); algunas noches se quedaba mirando el reflejo de las estrellas en un riachuelo tranquilo (36), y otras veces se entusiasmaba contemplando los pececillos que corrían en el agua: «vengan acá, hermanos, exclamó un día a las orillas del Genil, y verán cómo estos animalicos y criaturas de Dios le están alabando, para que levanten su espíritu»; y se quedó suspenso mirando, mirando (37).

No sólo el «semblante plateado» de las aguas le hablaba de «los ojos deseados que tenía en el alma dibujados»; hablábale también el rumor de ellos, que por los «ríos sonoros», entre quebradas y gargantas grita al Señor. ¡Cuántas veces le vieron en Segovia arrimado de noche a su ventana, arrullado por el Eresma y el Clamores! Los ríos, advertía el Santo, «tienen tal sonido que todo otro privan y ocupan» (38). Para él, como el del Apocalipsis, era el eco de «la voz [de Dios] que oyó como voz de muchas aguas y como voz de un grande trueno, y... esta misma voz era tan suave que era como de muchos tañedores que citarizaban en sus cítaras» (39).

*La noche.* ¿Qué tenía la noche que así embelesaba el alma de San Juan de la Cruz? La oración de media noche, que ha heredado la Reforma del Carmelo, es un vestigio y recuerdo de este enamorado de la noche. Varias veces las pasaba enteras en oración debajo de los árboles mirando sus reflejos en el espejo de un regatillo; y otras veces, sentado en la pradera, compartía sus entusiasmos con un compañero, ponderando la armonía de los cielos estrellados cuya «música callada» canta sin cesar un himno de grandeza a quien las crió (40). En la misma celdita de su convento le sorprendieron «muchas noches enteras, sin otros ratos de tiempo, puesto en la ventana de donde se veía el cielo» (41), y en las incomparables noches andaluzas de Castellar le vieron salir de noche al campo «cantando salmos» (42). ¿Qué tenía la noche, que así la amaba? ¡Un no se qué!

Otra predilección de Fray Juan eran los parajes ásperos y peñascales gigantes. Lo hacía frecuentemente en Segovia; «se iba a unos riscos y peñascos que tiene la huerta en aquel convento—dice un testigo—, y allí se metía en una cuevecita... de donde se ve mucho cielo, río y campos» (43). De esta cueva escribe el P. Jerónimo: «Abrese en

la peña tajada de un risco la boca de una pequeña concavidad, donde apenas cabe un hombre recostado. Nido parece de algún águila, y fué lo de nuestra águila Fray Juan» (44). En Andalucía no fué menos notada esta su predilección. «Entrándose por aquellos riscos—escribe su primer biógrafo—, se escondía entre las peñas que en la soledad le hacían devota compañía. Hallándose una vez rodeado de ellas, un religioso le dijo: —¡ Váleme Dios, Padre, y todo ha de ser estar entre peñas! A lo cual le respondió el V. Padre: —No se espante, hijo, que cuando trato con ellas tengo menos que confesar que cuando con hombres» (45). La muda silueta de las peñas, como el silencio de la noche y el espejo y rumor de las aguas forma la trilogía predilecta de este hombre singular.

Otros poetas cantan a la luna, a la aurora, a la primavera, a los colores... Este canta a lo que nadie canta, y canta con más alto entusiasmo que nadie jamás cantó. Porque mientras esos otros poetas se quedan enmarañados en esas cosas que cantan, éste poeta canta a otra hermosura peregrina «que lleva en sus entrañas dibujada» de la cual solo ve vestigios en todas las demás hermosuras, y aquellas más le dicen que menos precisas son, como si las cosas particulares pusieran límite al lenguaje del infinito que sólo busca él. La noche sin colores, sin armonías sonoras, se lo dice todo, dejándole suspenso. El agua, sin color y con rumores indefinidos le da el matiz de todos los colores y la voz que es como todas las voces. Cosas raras tiene el genio ;mas por eso es genio, porque sabe hallar el todo en lo que el espíritu superficial no ve nada. La respuesta de su conducta la dejó el Santo en aquel estribillo:

«Por toda la hermosura  
Nunca yo me perderé,  
Sino por un no sé qué  
que se halla por ventura».

Dios llena toda la vida de San Juan de la Cruz, sin dejar hueco ; Dios conocido y amado como realidad presente ; entre El y su alma todas las criaturas son apenas un ténue velo traslúcido. La perfección que otros sabios o artistas han adquirido acumulando en su inteligencia y voluntad muchas cosas y noticias, la ha obtenido el Santo ventajosamente contentándose con poseer de veras a Dios. En su persona existe una admirable continuidad desde «el más profundo centro» hasta sus últimas acciones externas. Es sencillamente, uniforme. *La santidad* es casi una necesidad de los hombres de este mundo ; hijos de

la mentira, trazamos sobre esta base los mayores éxitos de nuestra vida. Sin mentiras no sabemos vivir y pasamos el tiempo engañándonos a nosotros mismos. Estamos *divididos*. Entendemos lo bueno y lo justo; preferimos hacer lo injusto. Nuestra inteligencia se deleita en sombras de verdad mientras el alma vive aprisionada entre las garras de la mentira; pensamos y hablamos como santos, y vivimos como pecitos. Nuestra voluntad es un soldado vencido que huye cobardemente y se esconde para que no la vean. ¡Cuán pocos son los hombres enteros! Y los benditos tienen la desgracia de que, por serlo, son considerados como extravagantes y vitandos...

Los efectos de esta doblez, como cualidad que es del alma, deja sus efectos en todos los ramos de la actividad humana. Especialmente en la literatura y en la oratoria. Suele proponerse el tipo del arte como un conjunto de fórmulas cuyos trazos debemos calcar para hacer nuestro aquel ideal. A nadie se le ocurre fijar el modelo dentro de sí; y con razón, si está vacío. Nuestra aspiración es: amañar nuestros actos bajo la dirección externa de un modelo, consiguiendo a veces una copia exacta; pero siempre fría, sin vida propia.

Si tuviésemos el modelo dibujado en nuestras propias entrañas procederían nuestros actos impregnados de calor y sin esfuerzo, antes con deleite, y saturados de sentido, de amor. Un humilde rosal, si es de buena clase, produce con toda naturalidad rosas lindísimas, que resisten a todo análisis mostrando cada vez nuevas excelencias. Un hábil florista podrá reproducir sus formas, su color, hasta su suavidad aterciopelada, pero un ligero análisis hace exclamar: ¡no es como lo natural! Y lo despreciamos.

El *genio* no es de muchos. Es de los menos; la capacidad espiritual no es la misma en todos los hombres. Sin embargo decimos que si por *genio* se entiende la suprema perfección de cada individuo en sus propias condiciones, ciertamente podemos llegar todos, con la llave del cristianismo, a ser genios en nuestra personalidad. Es admirable la rosa que antes hemos mencionado, pero no lo es menos la violeta, el azafrán, la hoja de un limonero, una briznita de grama...; en todo brilla la sabiduría del Creador. La Iglesia proclama *santos* a ciertas personas; y si las estudiamos de cerca comprobaremos que cada una en su propia actividad es un verdadero genio.

¿Pueden aplicarse estos principios a la literatura? En cierto sentido sí; presuponiendo cierta cultura capaz de librar de la sujeción impuesta por la ignorancia o por el ambiente medio en que se vive. Aunque sus formas fueron más primitivas tendría en cambio un elemento más precioso que todas las formas, el colorido espiritual de

las palabras. La claridad de una inteligencia inocente tiene intuiciones asombrosas que sólo se empañan cuando cegamos sus venas manantiales con tapones de sensualidad. Para entender a S. Juan de la Cruz no se puede prescindir de esta fuerza intuitiva de un alma inocente.

Los términos *hombre* y *Dios* que se conjugan en la perfección cristiana hasta llegar a la *unión* tiene tres facetas, que los ascetas denominan *vías*, que son desengaño, luz y posesión. Todas tres intervienen desde el principio, pero no de la misma manera. Al principio predomina el *desengaño* y por él se empieza a ver y también a amar, ciertamente con luz indirecta y con posesión condicionada. Pero luego predomina la *luz*, y con sus claridades el desengaño ya no será despedido, es un tener en menos lo que antes tenía en más por falta de conocimiento. La posesión es también más sincera. Esta cuando alcanza a ser completa, trae consigo la plenitud de toda luz y el núcleo sublime de todos los desengaños. La vida sobrenatural es entonces no un yugo sino alas dulcísimas para volar sin trabas por la región de los ángeles. En cambio, los pobres mortales que no alcanzamos tanta dicha permanecemos indefinidamente tropezando en esas aficiones, de las cuales nos privamos simplemente *porque son prohibidas*.

San Juan de la Cruz entra de lleno en el grupo de esas almas transparentes que necesitan vivir de ideas claras y absolutas; en él van hermanadas la lógica del pensar con la pureza del vivir, y así todas sus acciones necesitan llevar el sello de la transparencia simplicísima de la verdad, traducida en esa norma rectilínea de su vida que provoca la *incomprensión* de todos los demás. Y por cierto, jamás fué comprendido. Parece increíble que aquel hombrecito dulce, fino, abnegado, cordial y sencillo atrajera sobre sí durante toda su vida tantas amarguras de la incomprensión de los hombres. Y eso que vivía en el ambiente de santidad del Carmelo teresiano. No le entendían. Su norma era la Fè sobrenatural en su propio sabor; y eso es de pocos. Cuando siendo Prior de Granada le reprendieron porque no salía a buscar amistades y dinero para sustentarse, púsose de manifiesto una mentalidad de tierra, rozando contra aquella diferentísima y celestial (46). Esta incomprensión, que le siguió hasta más allá del sepulcro, es quizá el más grande elogio de este hombre genial.

En las historias se dice que un Cristo le habló en Segovia y quiso premiar sus servicios, los cuales eran haber puesto a la veneración de los fieles un cuadro de mucha devoción (47). La razón es tan ingenua que le quita toda la grandeza a aquel hecho singular. El P. José, en su primera Historia que salió en 1628 a espaldas de la Orden, hay una interesante página que transcribimos: «Como el V. P. andaba con tan-

to deseo de hacer en todo la voluntad de Dios y no faltar jamás a esto, y receloso si cumplía con esta obligación en leyes y inspiraciones, cuando confesaba personas de cuya virtud tenía mucho crédito les solía pedir que suplicasen esto a Dios. Habiendo encargado esto una vez a Brígida de la Asunción, monja de nuestro convento de Segovia, se fué al coro a suplicarlo a Dios, y instando en esta oración se le representó en lo más alto del altar del coro una corona de oro muy resplandeciente y juntamente tuvo ilustración en el entendimiento, que aquella corona tenía Dios aparejada a Fr. Juan de la Cruz en premio de lo que procuraba hacer su voluntad; y *era esto en tiempo que algunos condenaban la libertad santa con que decía su sentimiento en las juntas en que se hallaba y la entereza con que votaba en ellas*. Sucedióle en este tiempo que estando una noche en oración en la iglesia a la hora que todos los religiosos reposaban, se fué a rezar a un altar donde estaba un Cristo de bulto con la Cruz a cuestras, imagen con que él tenía particular devoción. Y estando allí oyó una voz de hacia el Cristo, que le dijo: Fray Juan, ¿qué premio quieres por lo que me has servido?... Volvióla a oír otras dos veces, sintiendo en el alma los efectos que las operaciones divinas suelen hacer en ella, y entonces respondió a la Majestad infinita: No otro premio, Señor, sino trabajos y menosprecios que padecer por Vos» (48).

Sí; esa increíble incomprensión es la más excelsa corona de San Juan de la Cruz. El Carmelo no le conoció (49); aunque no por eso dejó de ser fecunda para el mismo Carmelo su misión. Dejó semilla de su vida y de su doctrina, y son legión sus hijos que le veneran con un cariño sin igual y gustan, como néctar divino, de su doctrina celestial.

A la altura de su vida genial está la de todas sus obras y en especial la de sus escritos y poesías. Su lenguaje, simplicísimo, transparente, intuitivo, aletea por las crestas nevadas del Monte de Dios. Todas sus frases saben a sentencias, a principios fluyentes de un mismo principio. Cada palabra, sin detenerse, va al fondo; todo es brevedad, sustancia profunda, lógica, diáfana, calor de vida eterna...

No conocen en manera alguna a San Juan de la Cruz los que le tilдан de oscuro. No creemos que pueda nadie decir con palabras más claras las verdades profundísimas que tras ellas se ocultan. Allison Peers, comparándole con Santa Teresa, hace la siguiente observación: «Generalmente se cree que [Santa Teresa] es más fácil de comprender que San Juan de la Cruz. Pues en verdad resulta frecuentemente más difícil; porque no obstante la elevación de los temas de éste, la expresión de los mismos es clara y cristalina y su lógica los convierte en engañosamente sencillos» (50). Parecida calificación le tributa Azo-

rín: «San Juan de la Cruz... ; todo depurado, acendrado ; las palabras puras, sin color, sin riqueza ; todo como translúcido, diáfano, agua destilada ; el milagro de una prosa de una pristinidad insuperable... ; Escribir sin color, sin forma, sin cadencia ! Y escribir así una prosa única, maravillosa : *lo supremo en toda una profusa y espléndida literatura*» (51).

En confirmación de cuanto llevamos dicho haremos un breve recorrido a través de los diferentes escritos del Santo.

PROSA.—La acaba de enjuiciar con palabras inmejorables Azorín. El objeto que se propone declarar en cada libro queda tan al vivo que lo hace ver casi en la evidencia ; si alguna oscuridad queda, «no se maraville el lector» ; advierte el propio Santo, «por cuanto esta doctrina es de la *Noche Oscura*... que aunque se escribiera más acabada y perfectamente de lo que aquí va, no se aprovecharan de ello sino los menos» (52).

Tiene, sin embargo, algunas trabas, imposición de la época y del mismo estilo. La *Subida*, estilo didáctico, sería más sabroso en nuestros tiempos sin el tropiezo frecuente de citas latinas. El orden, por lo demás, rigurosamente doctrinal, exige cierta dureza de formas que en otros libros más ágiles, como el *Cántico* y la *Llama* (escrita en solos quince días, como una llamarada de sabiduría), se endulza en tonos sublimes.

POESIA.—El enamorado del agua, de la noche y de los riscos, porque le hablaban de Dios en términos indefinidos, necesitaba cantar en poesía. Los sentimientos hondos del corazón necesitan de la poesía. Su lenguaje, perfume de esencias, en sus breves acentos confiere enorme amplitud a un argumento que en prosa se embrollaría en mil repeticiones y al fin no diría nada. San Juan de la Cruz ha escrito en prosa verdades altísimas que en ninguna otra parte hemos leído ; sin embargo, son más altas las que dice en los acentos entrecortados de su poesía, tanto que ni él pudo ni pudiera igualar a sus versos con sus comentarios ; lo más se queda por decir. El mismo lo reconoce cuando hace al principio de su *Cántico* la siguiente declaración : «Por haberse estas canciones compuesto en amor de abundante inteligencia mística, no se podrían declarar al justo» (53).

Se han dicho muchas cosas sobre las fuentes y la posible dependencia de la poesía de San Juan de la Cruz, especialmente de Garcilaso y Fray Luis de León. Y también muchas cosas en contra de estos pretendidos influjos (54). Sea como fuere, una cosa es cierta y verdaderamente innegable y es, que el más ligero confronto de la poesía

sanjuanista con la de los poetas en litigio, y con la de otros, evidencia las profundas discrepancias de colorido que distingue a cada poeta.

La forma de sus composiciones es muy varia. No vamos a detenernos en examinarla, tarea que otros hacen magistralmente. Sólo haremos unas breves observaciones respecto a su colorido particular.

Los elementos que maneja el poeta para expresar sus sentimientos son los gramaticales, verbos, adverbios partículas, adjetivos, sustantivos. Del diestro manejo de cada uno depende el éxito de la poesía. A estos elementos se añaden además las cadencias, ritmo, y en forma peregrina la alteración, Su oportunidad produce a veces maravillas. Sin embargo, en el verdadero poeta nace todo esto como por intuición. Dice al caso Dámaso Alonso: «La aliteración, en un verdadero poeta, no es nunca un artificio, sino un fenómeno intuitivo, profundamente ligado a la entraña de la creación» (55). Y respecto al uso de los adjetivos hace el mismo esta docta observación: «El epíteto implica un juicio analítico; el adjetivo pospuesto, un juicio sintético... En el sintagma analítico se extrae del sustantivo una cualidad inherente a él, para realzarla por medio del adjetivo; en el sintético se atribuye al sustantivo una cualidad no inherente a él» (56). Las conjunciones son un puente entre dos conceptos; el puente entretiene, y sin él los conceptos se agolpan rápidamente y producen el efecto con más energía. Los verbos indican movimiento, acción transitoria del sujeto en el predicado; pero el carácter de este movimiento está matizado según las formas del verbo, que unas expresan rapidez y concisión, y otras, como los infinitivos y participios la prolongan o demoran su acción.

## LIRAS DE LA NOCHE, CANTICO Y LLAMA DE AMOR VIVA

¿A dónde te escondiste,  
Amado, y me dejaste con gemido?  
Como el ciervo huiste  
Habiéndome herido.  
Salí tras tí clamando y eras ido.

El asunto general es un lamento. El alma llora la ausencia del amado. Se percibe su quejido en la aguda *i* dominante. Se conjugan admirablemente los aoristos con los participios verbales, expresando con aquellos la acción veloz del que huyó, y con estos el estado lastimero del amante. No se encuentra ni un adjetivo moroso; todo son

sustantivos y acciones rápidas, avivadas aún más por la imagen del ciervo que corre. Maravillosa visión instantánea que deja al fin la impresión del alma sollozante.

Pastores los que fuéredes  
 Allá por las majadas al otero,  
 Si por ventura viéredes  
 Aquél que yo más quiero,  
 Decídle que adolezco, peno y muero.

Otra visión. Ha cambiado el paisaje. Los verbos en subjuntivo prolongan su acción y nos hacen ver pasar pastores, a paso lento, que se detienen a escuchar para proseguir después con sus ganados por las majadas hacia el otero. La fricativa *r* dominante entre consonantes fuertes hace más ostensible el movimiento pastoril y las pisadas de sus ganados. Los dos advverbios añaden extraordinario vigor a la escena. El *allá* sabe a la más sugestiva nostalgia, el *por ventura* revela la ansiedad que consume al alma enamorada. *Aquel que yo más quiero*, expresión prolongada en vez de *mi Amado*, confiere un vigor enorme al apasionamiento de la enamorada que prolongando la frase desahoga todo su amor. No hay tampoco adjetivos que demoren la vehemencia de las palabras apasionadas. El verbo imperativo es rápido y enérgico, y los tres verbos acumulados y en presente de indicativo hacen subir al colmo la expresividad de aquel apasionamiento; son golpes cada vez más contundentes que terminan con la exhalación de la vida entera. ¡Cuántas bellezas, y más, en tan pocas palabras! Por no demorarnos más de lo justo, pues solo pretendemos hacer un ensayo de análisis sentimental, pasaremos a la última estrofa de la *Llama*:

¡ Cuán manso y amoroso  
 Recuerdas en mi seno  
 Donde secretamente solo moras!  
 Y en tu aspirar sabroso  
 De bien y gloria lleno  
 ¡ Cuán delicadamente me enamoras!

Es un requiebro de amor que sabe a cielo. A nuestro juicio es la mejor estrofa que brotó del alma de San Juan de la Cruz. Paz imperperturbable, suspiro de ángel, brisa divina orea sus versos: un amor sin estridencias que parece melodía del cielo. Esta vez los adjetivos se agolpan, deteniendo morosa y delicadamente el huelgo del amor: *man-*

so, sonoro, sabroso, llano... cada uno es una canción. Las cadencias con vocales llenas, dan una sonoridad majestuosa, digna de Dios. La consonante fricativa *r* entre aquellas vocales hace oír la vibración estremecida del corazón feliz que se deshace en requiebros. Los verbos activos y movidos no entran aquí sino en forma intransitiva. Los adverbios modales, *secretamente*, *delicadamente*, detienen más aún la morosidad deleitosa de aquel abrazo de amor. Las partículas ponderativas, *cuán* y *cuán* que colocadas en los versos extremos intensifican la acción abrazada dentro de ellas, ligan y condensan aquel susurro de amor. Y al fin, todo el remanso contenido quieto en los seis versos, rompe, como catarata, en la última palabra: *me enamoras!*... ¿Es posible escribir en lengua humana otra estrofa tan bella? En verdad que no es posible agotar los abismos que se esconden en el alma limpia de este poeta supremo del parnaso español. Quizás si Adán inocente hubiese escrito versos castellanos tendríamos otro poeta gemelo de San Juan de la Cruz. Así solo él se levanta en las cumbres nevadas de la Lírca para que todos los demás acertemos a beber de sus aguas.

## COMPOSICIONES MENORES

### Aunque es de noche

He aquí una composición originalísima, en el metro, en la rima y en el estilo. Sin embargo, es maravillosa. Juegan las alegorías en torno de los elementos predilectos de su alma: el agua y la noche. Con mano maestra nos hace asomar al borde del misterio de la Fe cristiana y presentir su egregia magnitud. En admirable consorcio el dogma y la poesía, con ésta nos hace amables las oscuridades de aquella, y con el dogma da sustancia y vigor incomparable a la linda poesía. En estos versos, retrato vivo de aquella alma sedienta de Dios en el misterio nocturno de la Fe, se pone de manifiesto, quizás más que en otros, el genio incomparable de quien supo dar matiz divino, de una manera inimitable, a estos pobres versos donde la técnica brilla por su ausencia.

Entréme donde no supe

y

Sin arrimo y con arrimo

Con sencillez casi infantil, con estos estribillos, como con la nina nana, va el poeta arrullando al alma sumida en la contemplación de Dios. Con frases lapidarias, insustituibles, deja sentencias transcenden-

tales «y quedéme no sabiendo, toda ciencia trascendiendo», fórmula que expresa, como ninguna, lo que es vivir de fé. Y con la otra: «Sin luz y a oscuras viviendo, toda me voy consumiendo», dice el efecto que va dejando en el alma la vida de oscura fé, que con oscuridades va limpiando al alma de sus escorias. La sencillez del metro da aire de familia; la sublimidad de las ideas dice que están compuestas por San Juan de la Cruz.

## ROMANCES

## En el principio moraba

Otro alarde de poesía en la forma más trivial. Técnicamente tiene muchos defectos; un romance consonantado no se admite. Sin embargo el poeta escoge una consonancia en *ía* y le clava un sello de nostálgica grandeza que no tiene desperdicio. Por allí corren los misterios más excelsos del cristianismo, como un río manso entre la selva virgen.

## PARAFRASIS

## Encima de las corrientes

Son versos de una técnica tan defectuosa como los anteriores. La consonancia aún es más trivial. Pero, como advierte el P. Sabino, «la misma consonancia *aba*, que en otra ocasión sería rechazada por humilde y vulgar, escogida aquí con gran instinto poético acrecienta la inmensa melancolía que envuelve todo el poema» (57).

Oros poetas notabilísimos han compuesto la misma paráfrasis en formas muy técnicas. Sin embargo, al lado de ésta, quedan ensombrecidos, y entre ellos están nada menos que Fray Luis de León, Martínez de Jáuregui y B. L. de Argensola (58). El tosco verso de San Juan de la Cruz, por arte de encantamiento, respira muchísima más ternura e ingenua espontaneidad.

## VERSIONES A LO DIVINO

Vivo sin vivir en mí,  
 Tras de un amoroso lance  
 y  
 Por todo la hermosura

San Juan de la Cruz, como todos los Carmelitas de Santa Teresa, consideraba herencia de familia el arte ingenuo de improvisar canciones y poesías para enfervorizarse mutuamente en la alegría del amor de Dios.

Para ello echaban mano de cualquier recurso. Unas veces eran composiciones originales, fruto de una meditación hecha en el coro; otras eran ocurrencias sabrosas venidas a deshora por cualquier ocasión; otras, en fin, eran versos o tonadas populares y tal vez aún profanas que el Santo pulía poniéndoles un soplo de espíritu, haciéndoles servir admirablemente para cantar y regocijarse en el Señor. De esta costumbre quedan muchos vestigios en nuestros conventos primitivos; hemos encontrado colecciones preciosas, casi todas de la misma hechura popular, adaptadas a ciertas tonadas (59). Y también en los conventos de hoy perseveran las mismas tradiciones y hemos oído letrillas y tonadas que verdaderamente hacen sentir a Dios (60), y otras veces tonadillas regionales con letra carmelitana que quedan una preciosidad. Entre los iniciadores, pues, de ésta costumbre ingeniosa para conservar el espíritu de alegría en el Carmelo figura San Juan de la Cruz, y de esas coplas cantables son los estribillos de que hacemos mención. Son temas profanos, cuyo origen ha quedado al descubierto; pero el Santo les dió un baño de su espíritu y en torno del estribillo rondan coplas de admirable sencillez.

#### EL PASTORCIÇO

Entre los temas profanos vueltos a lo divino figura este poema encantador. En las canciones precedentes tomaba un estribillo profano y lo contorneaba con coplas de su invención. Aquí es otra cosa, otra genialidad de nuestro personalísimo poeta: toma entera una poesía profana y con darle unos toques ligeros, por arte de encantamiento hace surgir un poema nuevo lleno de vida como si fuera propio. Es quizás la obra de arte más difícil que ha compuesto San Juan de la Cruz. El tema original ha sido descubierto recientemente ((51)). Lo vamos a transcribir para que confrontando con él el arreglo a lo divino se eche de ver el genio de este hombre que con unos toquecitos casi insignificantes con su varita de mago transforma un tema corriente en un delicadísimo idilio religioso. He aquí el original profano:

Un pastorcillo solo está cantando  
ajeno de placer y de contento  
y en su pastora firme el pensamiento  
y el pecho del amor muy lastimado.

No llora por pensar que está olvidado,  
que ningún miedo tiene del olvido;  
mas porque el corazón tiene rendido  
y el pecho del amor muy lastimado.

Mas dice el pastorcillo desdichado:  
 ¿qué haré cuando venga el mal de ausencia,  
 pues tengo el corazón en la presencia  
 y el pecho del amor muy lastimado?

Imagínase ya estar apartado  
 de su bella pastora en tierra ajena,  
 y quédase tendido en el arena  
 y el pecho del amor muy lastimado.

La composición es linda, el tema ingenuo, la expresión delicada. Mas veamos ahora cómo la deja nuestro poeta. Subrayamos lo añadido para que se eche de ver mejor su intervención:

Un pastorcico solo está *penado*  
 ajeno de placer y de contento  
 y en su pastora *puesto* el pensamiento  
 y el pecho del amor muy lastimado.

No llora por *haberle amor llagado*,  
 que *no le pena verse así afligido*  
*aunqua en el corazón está herido*,  
*mas llora por pensar que está olvidado.*

*Que sólo de pensar que está olvidado*  
 de su bella pastora, *con gran pena*  
*se deja maltratar en tierra ajena*,  
 el pecho del amor muy lastimado.

Y dice el pastorcico: ¡Ay, desdichado  
*de aquel que de mi amor ha hecho ausencia*  
*y no quiere gozar la mi presencia!*  
 y el pecho *por su amor* muy lastimado.

*Y a cabo de un gran rato se ha encumbrado*  
*sobre un árbol do abrió sus brazos bellos*  
*y muerto se ha quedado asido de ellos*,  
 el pecho del amor muy lastimado.

He aquí el poema de la Redención sacado del barro de una composición trivial con el soplo de vida de nuestro poeta.

En esta como en todas sus diferentes composiciones, así como en las diversas manifestaciones de su gusto estético en la pintura, escultura, oratoria y gustos, predomina una nota: sencillez intuitiva. La gracia cristiana no destruye, antes eleva nuestras facultades humanas. San Juan de la Cruz es un modelo. Sus anhelos de Dios son los ins-

piradores de todas sus obras, y así palpita en todas ellas una frescura eterna ante la cual parecen lacias todas las formas del arte amanerado. El agua, la noche... lo que no dice nada es lo único que a él se lo dice todo, porque entonces le acercan más a Dios, origen de todo, cuando la hermosura creada no empaña a la increada que les da el ser.

Zaragoza, 24 de diciembre de 1949.

### N O T A S

- (1) Marcelino Menéndez y Pelayo: *Estudios de crítica literaria*, Madrid, 1915, página 55.
- (2) Dámaso Alonso: *La Poesía de San Juan de la Cruz*, Madrid, 1942, páginas 166 y 241.
- (3) Gerardo Diego: *Música y ritmo en la Poesía de San Juan de la Cruz*, en la Rev. «Escorial», n. 25, pág. 170.
- (4) Exod., 3, 2.
- (5) *Estudios de crítica literaria*, pág. 56.
- (6) *Poesía de San Juan de la Cruz*, pág. 16.
- (7) Biblioteca Nacional, Madrid, Ms. 12.738, fol. 611.
- (8) *Ibid.*, fol. 613.
- (9) *Ibid.*, y Ms. 8.568, fol. 371.
- (10) Andrés de la Encarnación: *Memorias Historiales*, F, n. 24.
- (11) Jerónimo de San José, *Historia del V. P. Fr. Jvan de la Crvz*, Madrid, 1641, lib. I, cap. 5, p. 36.—Brocardo de San Pedro dice que «el tiempo que le sobraba de sus ocupaciones, que eran muchas, lo gastaba como por recreación en labrar unos Cristos de madera que hacía». (Mem. Hist., F, n. 58.)
- (12) *III Subida*, 38, 2.
- (13) *III Subida*, 35, 3.
- (14) *Fundaciones*, 14, 6-7.
- (15) Julián de Avila, *Procesos de Santa Teresa en Avila*, 1595, B.M.C. 18, 215.
- (16) Jerónimo de San José, *Hist.*, IV, p. 419, que sigue a José de Jesús María, *Historia de la vida y virtudes del V. P. Fr. Ioan de la Crvz*, Bruselas, 1628, II, cap. 19, pág. 599.
- (17) Alonso de la Madre de Dios: *Vida, virtudes i milagros del S. P. Fr. Joan de la Cruz*, Ms. 13.460, lib. II, cap. 8.
- (18) Ms. 12.738, fol. 615.
- (19) Jerón.: *Historia*, II, 9, pág. 186.
- (20) *Id.*, VII, 8, p. 750.
- (21) *Id.*, p. 751. Cfr. Efrén de la Madre de Dios: *San Juan de la Cruz y el Misterio de la Santísima Trinidad*, Zaragoza, 1947, pág. 100, nota 69.

- (22) Ms. 12.738, fol. 1.431; cfr. Jerón., IV, 11, p. 426 y V, 13, p. 569.
- (23) José: *Historia*, I, 42, p. 335.
- (24) Jerónimo: *Historia*, III, 15, p. 308.
- (25) Efrén, loc. cit., p. 237, nota 91.
- (26) Alonso: *Vida*, II, 3.
- (27) Jerónimo: *Historia*, IV, p. 429; cfr. Efrén, p. 278, nota 143.
- (28) Eliseo de San Ildefonso, B. M. C., 13, p. 393.
- (29) *Vda*, I, 43.
- (30) Ms. 12.738, fol. 559.
- (31) Jerónimo: *Historia*, II, 9, p. 186.
- (32) *III Subida*, 45, 2.
- (33) Jerónimo, VIII, 3, p. 707; copia a José, III, 14.
- (34) Jerónimo: *Historia*, IV, 2, p. 356-357.
- (35) Ms. 12.738, fol. 641.
- (36) Alonso: *Vida*, I, 43.
- (37) Declaración de Agustín de la Concepción, en los Proc. de Baeza.
- (38) *Cántico*, XIV-XV, n. 9.
- (39) *Ibid.*, núm. 11.
- (40) Alonso: *Vida*, I, 43; Ms. 19.404, fol. 146.
- (41) Juan Evangelista, Ms. 19.407, fol. 44 y 381.
- (42) Jerónimo: *Historia*, IV, 11, pág. 426.
- (43) Bernabé de Jesús, Ms. 19.407, fol. 380.
- (44) Jerónimo: *Historia*, VI, 3, pág. 631.
- (45) José: *Historia*, III, 16, p. 808. Al despedirse de Segovia destinado a la Peñuela, le compadecían cómo se iba allá; respondió: «Hija, entre piedras me hallo mejor que con los hombres». (Ms. 12.738, fol. 1.006). Frase análoga en Alonso, *Vida*, II, 17.
- (46) Cfr. Efrén, lib. I, cap. 4, n. 170.
- (47) Así la Relación de Francisco de Yepes, Ms. 12.738, fol. 615; pero advertimos la fe que merece esta Declaración en Efrén, l. c., p. 147, nota 12.
- (48) José: *Historia*, III, 11, pp. 787-789.
- (49) «Aunque todos sus religiosos (de Santa Teresa) se pudieron preciar muy bien ser hijos del Santo Padre Fray Juan de la Cruz..., nunca le oyó llamar este testigo en la dicha su Religión con este título de nuestro Padre» (Jerónimo de la M. de Dios: Procesos Remis. de Salamanca en 1610, B. M. C., 20, pág. 67).
- (50) E. Allison Peers, *Madre del Carmelo*, Madrid, 1948, c. 9, p. 233.
- (51) Azorín: *Los clásicos redivivos*. Col. «Austral», p. 47.
- (52) *Subida*, Prólogo, núm. 8.
- (53) *Cántico*, Prólogo, núm. 2.
- (54) Cfr. Fr. Emeterio de Jesús María, O. C. D.: *Las raíces de la Poesía sanjuanista y Dámaso Alonso*, en «El Monte Carmelo», Abril-Septiembre, 1950, páginas 119-265.
- (55) *Id.*, pág. 173.
- (56) *Id.*, pág. 192.
- (57) Sabino de Jesús: *San Juan de la Cruz y la Crítica literaria*, Santiago de Chile, 1942, pág. 436-7.
- (58) Cfr. Sabino de Jesús, oc. cit., pp. 437-438.

(59) Vimos una antiquísima colección muy interesante en las Madres Carmelitas de Barcelona, que todavía cantan algunas en la tonada tradicional.

(60) Entre muchas que hemos oído buenas he aquí una estrofa de talle:

Arbol de vida es mi Amado,  
Su sombra forma una Cruz;  
¡Dichoso el enamorado  
Que en ella vive adentrado!  
Ya su mansión es la luz».

La música es preciosa y sentidísima que llega mucho al alma. ¡Cuántos tesoros de piedad teresiana se ocultan en los Carmelos!

(61) José Manuel Blecua: **Los antecedentes del poema del Pastorcico de San Juan de la Cruz**, en «Revista de Filología Española», (tomo XXXIII, Cuadernos tercero y cuarto, Julio-Diciembre 1949), Madrid, 1950, pp. 378-80. No debemos silenciar los sensatos reparos que a esta pretendida procedencia opone el P. Emeterio de Jesús María (cfr. op. cit., pp. 214-216) y la improntación virgiliana del poema que hace el P. Manuel de San Jerónimo por los años 1710 y que el mismo autor aduce (ib., pp. 212-213).